



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



XXVIII Domingo durante el año
12-X-2008

Textos:

Is.: 25, 6-10 a.

Fil.: 4, 12-14. 19-20.

Mt.: 22, 1-14.

“El Señor nos prepara una mesa” (Ant. Sal. 22, 1-6).

Al evangelizar Jesús utiliza un lenguaje simple y rico en imágenes, hoy lo hace mediante la figura del banquete.

En la primera lectura el banquete, preparado por el Señor, está previsto para todos los pueblos. En la segunda Pablo explica que, rico o pobre, saciado o hambriento, recibe la fuerza de vivir el evangelio. En el evangelio, con la parábola de las bodas, Jesús nos enseña que todos estamos llamados al banquete.

El banquete de la parábola, al que estamos invitados, puede tener tres interpretaciones: el banquete de la felicidad eterna en la visión beatífica de Dios, el banquete de la comunidad de la Nueva Alianza instaurada por Jesús y caracterizada en la Iglesia, el banquete de la Mesa Eucarística. Pero la primera invitación que Dios nos hace, es al banquete de la vida, a él todos somos invitados y nada ni nadie debe impedir que algunos queden fuera de él.

La dolorosa realidad es que millones de seres humanos son marginados e, incluso, eliminados del banquete de la vida. “Pienso ahora -decía Juan Pablo II- en los niños no nacidos, víctimas indefensas del aborto; en los ancianos y enfermos incurables, objeto, a veces, de la eutanasia; y en tantos otros seres humanos marginados por el consumismo y el materialismo” (E. in A. 63).

El modelo de sociedad que se va imponiendo se “caracteriza por la cultura de la muerte y, por tanto, en contraste con el mensaje evangélico” (Id.).

Hermanos, todos tenemos derecho a participar en el banquete de los bienes creados, nadie debe quedar fuera de él.

En estos días estamos viviendo una profunda crisis de la economía mundial, que es fruto de expulsar la ética de la economía. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos que “el mundo está enfermo y su mal está menos en la esterilización de los recursos y en su acaparamiento por parte de algunos, que en la falta de fraternidad entre los hombres y los pueblos” (Pablo VI P. P. 66).

La crisis económica que hoy el mundo sufre es fruto de una filosofía, de un modo de concebir la economía moderna que “dejada a sí misma -afirmaba Pablo VI-, su mecanismo conduce al mundo hacia una agravación, y no a una atenuación, en la disparidad de los niveles de vida” (P. P. 8).

Hermanos, la situación de necesidades fundamentales no satisfechas se agravará mientras impere “un sistema conocido como «neoliberalismo»; sistema que haciendo referencia a una concepción economicista del hombre, considera las ganancias y las leyes del mercado como parámetros absolutos en detrimento de la dignidad y del respeto a las personas y de los pueblos” (E. in A. 56). “Poner demasiada

confianza en el mercado se ha convertido en una suerte de idolatría” (R. Willians. Arzobispo de Canterbury).

En el mundo debe globalizarse no sólo los mercados sino también la solidaridad, se debe tener en cuenta a todos los convidados al banquete, nada ni nadie debe impedir que algunos queden fuera de él, ya que “la economía y técnica no tiene sentido si no es por el hombre, a quien deben servir” (P. P. 34).

Sólo si se desarrolla la solidaridad mundial, todos los pueblos llegarán a ser por sí mismos artífices de su propio destino.

Hermanos, “la solidaridad que une a todos los hombres en una sola familia, impone a las naciones que sobreabundan en medios de subsistencia el deber de no estar indiferentes con respecto a países cuyos miembros se debaten en las dificultades de la indigencia, de la miseria y del hambre y que no gozan siquiera de los derechos elementales reconocidos a la persona humana” (Juan XXIII. “Mater et Magistra”).

En este tema, la Iglesia tiene una gran responsabilidad, ya que con su doctrina social “ofrece una valiosa contribución a la problemática que presenta la actual economía globalizada” (E. in A. 55).

Los cristianos debemos trabajar para que todos los hombres participen del banquete de Dios que ofrece a todos los pueblos y al que se refiere el profeta Isaías en la primera lectura: (Is. 25, 6-7) “Nosotros no aceptamos la separación de la economía de lo humano. (...). Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera” (J. Lebreton O. P.).

La Iglesia no está casada con ningún sistema económico, cualquiera que este sea y menos con “el imperialismo internacional del dinero” (Populorum Progressio).

Hermanos, hoy el mundo se conmueve por la crisis de los mercados, de las bolsas, pero no siempre lo hace por los que quedan fuera del banquete que Dios prepara para todos sus hijos.

Pidamos al buen Dios que crezca un sentido más agudo de la solidaridad entre los pueblos, que sea la fraternidad y no las grandes finanzas internacionales las que guíen a los que conducen los destinos de los pueblos, por último, que todos comprendamos que “la solidaridad es fruto de la comunión que se funda en el misterio de Dios uno y trino, y en el Hijo de Dios encarnado y muerto por todos. Se expresa en el amor del cristiano que busca el bien de los otros, especialmente de los más necesitados” (E. in A. 52).

Amén.

G. in D.